

CARTA A LOS JESUITAS DE AMERICA LATINA

1. Reunidos en Río de Janeiro con el P. General en una semana de estudio y reflexión (6-14 Mayo 1968), los Provinciales de la Compañía de Jesús en América Latina nos dirigimos a todos ustedes, Superiores, Padres, Hermanos y Estudiantes para comunicar las orientaciones y compromisos a que hemos llegado en nuestro examen colectivo de conciencia. Este examen lo emprendimos en la presencia del Señor y urgidos por las enseñanzas del Concilio, por las palabras del Papa en su carta "*Populorum Progressio*", las orientaciones constantes de nuestros Obispos y la carta de N.P. General sobre el Apostolado Social en América Latina.

2. La mayor parte de los habitantes del continente se hallan en una situación de miseria, cuya injusticia, con frase de Paulo VI, "*exige en forma tajante el castigo de Dios*" (PP.30). Las poblaciones urbanas y rurales marginadas crecen en un proceso acelerado. Las poblaciones indígenas se encuentran en una discriminación racial de hecho. Igual dialéctica de violencia desarrollan quienes rechazan las transformaciones profundamente innovadoras necesarias a quienes desesperan de toda solución pacífica. La sociedad tradicional desaparece con su cultura propia, se engendra una sociedad nueva, industrial y urbana, democrática y socializada, pluricultural, sin fronteras geográficas en sus maneras de vivir, secularizada y laica, que pone en tela de juicio o rechaza los valores y las estructuras hasta ahora vigentes. Al mismo tiempo, empieza a nacer una civilización de abundancia, amenazada por el materialismo. Por otra parte, la multiplicación constante de los progresos de la ciencia y de la técnica, y el dinamismo de los pueblos cada vez más concientizados, abren nuevos horizontes para la esperanza.

3. El problema social de América Latina es el problema del hombre mismo. La época en que vivimos en América Latina es un momento de la historia de la salvación. Por eso nos proponemos dar a este problema una prioridad absoluta en nuestra estrategia apostólica. Más aún, queremos concebir la totalidad de nuestro apostolado en función de este problema. Esperamos así participar, en la medida de nuestras fuerzas, en la búsqueda común de todos los pueblos, cualesquiera que fueran su ideología o su régimen, hacia una sociedad más justa, más libre y más pacífica. Deseamos que la Compañía de Jesús se presente en toda la existencia temporal de los

AGN

hombres de hoy, no con criterio político, sino con el solo criterio del mensaje evangélico, como lo interpreta la Iglesia, sin ejercer ningún poder en la sociedad civil, sino inspirando la conciencia personal y colectiva.

Somos conscientes de la profunda renovación que esto supone. Es necesaria cierta ruptura con algunas actitudes de nuestro pasado, para vincularnos nuevamente con nuestra tradición humanista: "*Gloria Dei, vivens homo*", la gloria de Dios es el hombre vivo (S. Ireneo).

Queremos evitar cualquier actitud de aislamiento o dominación, que pudieren ser a veces las muestras. Deseamos adoptar una actitud de servicio en la Iglesia, en la sociedad, rechazando la figura de poder que con frecuencia se nos atribuye. Expresamos nuestra voluntad de cooperar con el clero y los laicos en una pastoral de conjunto, buscando para nuestras obras nuevas estructuras de colaboración.

En toda nuestra acción, nuestra meta debe ser la liberación del hombre de cualquier forma de servidumbre que lo oprima: la falta de recursos mínimos y de alfabetización, el peso de las estructuras sociológicas que le quiten su responsabilidad en la vida, la concepción materialista de la existencia. Deseamos que todos nuestros esfuerzos confluyan hacia la construcción de una sociedad, en la que el pueblo sea integrado con todos sus derechos de igualdad y de libertad, no solamente políticos, sino también económicos, culturales y religiosos.

Contamos con Uds. al emprender este esfuerzo para despojarnos, con abnegación, de toda actitud aristocrática o burguesa que pueda haber existido en nuestras tomas de posición, en nuestras condiciones de vida, en la selección de nuestro público, en la manera de tratar con nuestros colaboradores laicos y en nuestras relaciones con las clases privilegiadas.

4. Nuestro apostolado, inspirado en este espíritu realmente universal y evangélico, suscitará reacciones inevitables: no las provocaremos nosotros con actitudes partidistas, pero continuaremos en la predicación del evangelio de los pobres, cualesquiera que fueran estas reacciones.

Convencidos del clamor a la paz que surge de la humanidad entera, en medio de sus conflictos fratricidas, y fieles al espíritu evangélico que se expresa en la encíclica de Juan XXIII, cuyo título es significativo, "*Pacem in terris*", nos comprometemos con todas nuestras fuerzas a promover "*las transformaciones audaces que renuevan radicalmente las estructuras*" (PP,32), como único medio de promover la paz social. Las actitudes violentas son inauténticas si se inspiran en la utopía, la frustración o el odio, y no en la reflexión de la conciencia y en el amor cristiano: son actitudes de evasión, si omiten las acciones presentes posibles con los sacrificios que implican. Las actitudes pasivas pueden también ser inauténticas por ignorancia, inercia, por miedo a las acciones valientes o por falta de interés por los demás. En toda su acción, la Compañía llamará a los cristianos a esta reflexión y al amor, estimulándolos a cumplir sus compromisos temporales.

5. En la orientación de la vida espiritual y sacramental, en la predicación y en toda nuestra acción pastoral, debemos insistir aún más por evitar la disociación que se insinúa en la existencia de muchos cristianos:

AGN

disociación religiosa entre la vida privada y la vida profesional o pública, donde no hay lugar para el amor ni conciencia de pecado. La persona se salva o se pierde según el sentido que da a su vida en la historia común de la humanidad. Esta integración de la existencia social en la vida cristiana exige una reflexión filosófica y teológica que abarque el mundo entero, en su actualidad más urgente. Es especialmente la tarea de los profesores de filosofía y teología enseñar *"la visión global del hombre y de la humanidad"* que la Iglesia tiene como propia (PP,13), a fin de preparar los futuros sacerdotes y seglares para su apostolado en el mundo de hoy. Esta formación debe incluir una iniciación seria en las ciencias del hombre.

6. Para orientar nuestros ministerios de acuerdo con las necesidades humanas y religiosas más urgentes de nuestro continente, nos proponemos, primero, desplazar una parte de nuestras fuerzas apostólicas hacia la masa innumerable y creciente de los abandonados.

Desde hace varios años se han venido fundando, poco a poco en las Provincias de América Latina, centros de reflexión y de acción, que estudian los aspectos del desarrollo de cada región en una perspectiva cristiana, como aporte nuestro al cambio de las estructuras sociales. Estamos decididos a consolidar con hombres y medios estos CIAS (Centros de Investigación y Acción Social), cuya misión específica es ayudar a concienizar, estimular y orientar las mentalidades y las acciones, con investigaciones, publicaciones, docencia y asesora.

Dentro o fuera de estos centros, otros jesuitas trabajan en la formación de líderes campesinos y obreros; en el movimiento cooperativo y sindical y en la promoción de la acción cívica y comunal. Se han creado también obras de ayuda material a través del continente, y hace años hay jesuitas que trabajan en parroquias pobres y campesinas, con una entrega generosa de sus vidas a los hermanos. La Compañía de Jesús desea dedicar más miembros a estas obras, tratando siempre de responsabilizar a los mismos hombres del pueblo para que protagonicen su propia liberación.

Estamos persuadidos de que la Compañía de Jesús en América Latina necesitaba tomar una clara posición de defensa de la justicia social en favor de los que carecen de los instrumentos fundamentales de la educación, sin los cuales el desarrollo es imposible. En consecuencia debemos trabajar vigorosamente para ofrecer las oportunidades educativas que permitan a los marginados, por medio de su igual acceso a la cultura, aportar a la vida nacional el valor de su talento. Deseamos alentar y perfeccionar las obras educacionales en favor de la promoción de las masas populares, a través de la educación integral. Nuestra tradición educativa tendrá aquí una fecunda *versión moderna*.

Además de estas actividades, la Compañía reconoce como plenamente conforme con su espíritu la vocación a un apostolado de presencia y de testimonio, por una convivencia humilde y pobre con el pueblo, con tal que esta presencia y testimonio sean un auténtico apostolado. La forma de esta presencia puede ser diversa según las circunstancias: animación pastoral de comunidades de base en los medios populares y rurales; en colaboración con el clero diocesano en su esfuerzo de renovación del apostolado parroquial; trabajo manual en las fábricas, si se ve la necesidad de esta forma de

apostolado en medios descristianizados. Para que los jesuitas que trabajan en este ministerio se sientan íntimamente vinculados con toda la Compañía, la experiencia indicará si es oportuno crear una comunidad religiosa propia.

Así nuestra Compañía manifestará su deseo de compartir la comunidad de vida del pueblo. Nuestras comunidades recibirán el influjo de esta presencia y toda la Compañía se sentirá invitada a dar testimonio de pobreza más explícito en nuestras construcciones y en todo nuestro estilo de vida.

7. No basta desplazar una parte de nuestras fuerzas hacia las masas populares; deseamos que todas las formas de apostolado de la Compañía, sin perder su fin específico, se integren en el apostolado social.

Respecto a la educación, a la que estimamos como uno de los más destacados factores del cambio social, afirmamos la urgencia de que nuestros Colegios y Universidades acepten su papel de agentes activos de la integración y la justicia social en América Latina. El desarrollo de todos no será posible sin la educación integral de todos.

Nuestros centros de educación deberían ir formando una conciencia de que la colectividad entera se beneficia de sus servicios y que por tanto todos deben cooperar a reunir los recursos necesarios para que dichos centros cumplan cada día mejor con su fin y puedan hacer partícipes de todos los niveles de enseñanza a los que con capacidad aspiren a ellos, sin privilegios de clase o de dinero.

Hasta el presente, la mayor parte de nuestros alumnos han venido y vienen a nosotros en busca de una formación individual que asegure su porvenir dentro del presente orden social. Nosotros, de ordinario, hemos contribuido implícitamente a este objetivo individual y a sus prejuicios de clase (Carta P. General sobre Apost. Social en A.L.). La situación de América Latina nos exige un cambio radical: infundir en nuestros alumnos primariamente una actitud de servicio a la sociedad, en cuya transformación deben colaborar, y una eficaz preocupación por los marginados, en cuya promoción deben trabajar.

También debe tenderse, en la medida de lo posible, a que nuestros alumnos, antes de graduarse, realicen algún servicio social auténtico para bien de la comunidad. Este servicio debería formar parte del currículum. Por lo tanto, las familias que nos confíen sus hijos se comprometerán a ser cordiales colaboradores en nuestra preocupación social.

Respecto a nuestras Universidades, sabemos que su reciente fundación y lo arduo de su incumbencia las coloca dentro del orden de las empresas apostólicas verdaderamente difíciles. Su problemática académica y económica se agrava todavía más considerando la necesidad de que realicen, por una parte, una docencia e investigación de alta calidad y, por otra, logren de modo creciente la democratización de las oportunidades universitarias. Creemos que nuestras Universidades deben ser eminentes en las ciencias del hombre, por la importancia decisiva que tienen en la planificación del cambio de nuestra sociedad. En nuestras Universidades, debería existir un grupo de expertos en Educación, al servicio de los intereses educacionales de la comunidad.

No podemos olvidar que en la base de las injustas estructuras sociales de los países latinoamericanos está la hiriente desigualdad de oportunidades educativas. Debemos esforzarnos por ofrecer con nuestro propio aporte el mayor número de becas y de otras facilidades, que pongan nuestra educación al alcance de todos: pero también, y por la misma razón de justicia, debemos realizar serios estudios que induzcan a la mejor distribución de los presupuestos educativos oficiales.

Creemos, por último, que en este campo de la educación, sería aconsejable la cooperación de todas las Provincias jesuíticas de América Latina, para plasmar en algunas obras piloto las aspiraciones señaladas en los párrafos anteriores.

8. En muchas regiones de América Latina, la Compañía, absorbida por su apostolado con adolescentes y jóvenes, tal vez no se ha dedicado suficientemente a la formación de la conciencia de los adultos, que deben ser también los promotores del cambio social: intelectuales, empresarios, dirigentes sindicales, artistas, hombres de negocios, profesionales, hombres políticos. Debemos ayudarles a ser auténticos cristianos en su vida profesional y pública, o auténticos profesionales al servicio de la sociedad.

Y no solamente hemos de trabajar incansablemente *por* los laicos: hemos de trabajar también *con* ellos. Ellos están llamados al apostolado por razón de su sacerdocio real (AA,) y debemos ayudar a encauzar sus inmensas energías para la transformación de nuestro continente.

9. Los medios de comunicación, por su poder y alcance como agentes de la formación de la conciencia cultural y social colectiva, deben adquirir un nuevo relieve en nuestro apostolado. Difícilmente encontraremos otro instrumento más eficaz para educar a las masas populares. Difícilmente alcanzaremos a ser escuchados por los ateos y des cristianizados, si no utilizamos esos medios. Las estadísticas del tiempo medio que nuestro hombre latinoamericano dedica semanalmente a estos medios no dejan duda sobre su importancia decisiva para afianzar los valores humanos y promover estilos de vida y de organización social que ayuden a crear el nuevo orden al cual tendemos.

10. Al final de nuestra carta, quisiéramos insistir sobre la conversión íntima que supone en cada uno de nosotros nuestra participación en la creación de un nuevo orden social. "*Un humanismo creado —*escribe Paulo VI (PP,42), *impenetrable a los valores del espíritu y a Dios... un humanismo exclusivo es un humanismo inhumano*". Nunca llegará la construcción de una sociedad más humana, si somos incapaces de llevar este aporte divino, sin el cual toda construcción social vuelve a ser inhumana: ese es el aporte que el mundo espera principalmente de nosotros, sacerdotes y religiosos. Debemos preguntarnos con sinceridad. ¿Seremos capaces de responder a esta expectativa del mundo? ¿Nuestra fe y caridad están a la altura de la llamada angustiada del mundo de hoy? ¿Es suficiente nuestra abnegación como para que Dios encuentre un camino abierto para llenarnos de su luz y su energía? ¿Nuestra oración personal tiene un lugar suficiente en nuestra vida, como para unirnos con Dios en la gran tarea humana que no puede tener éxito sin Dios? ¿Puede conservar la Compañía en su seno a aquellos miembros que no quieren orar, o de hecho no tienen oración personal?

Los Padres Provinciales nos hemos detenido con gravedad en estas preguntas. Queremos plantearlas a todos los jesuitas de América Latina de manera instante y urgente. Los compromisos expresados en esta carta, en última instancia, dependen de la respuesta a estas preguntas.

11. Sabemos que las directivas de esta carta implican una renovación profunda de nuestro apostolado y de nuestra vida personal. No ignoramos que suponen de parte de los mismos PP. Provinciales una revisión en sus criterios de decisión. No nos hacemos la ilusión de que una renovación tan total y profunda pueda hacerse seriamente en un corto plazo de tiempo; pero estamos lealmente decididos a realizarla cuanto antes. Contamos con todos ustedes, para promover esta renovación por el trabajo, la reflexión y la oración.

Esperamos que así la Compañía de Jesús en América Latina, con la gracia divina, podrá realizar la conversión necesaria para cumplir con la responsabilidad que le impone la época histórica que vive el continente, para la mayor gloria de Dios.

“El problema social no es un simple problema de reparto de las riquezas, ni siquiera en su forma más elemental, como sería la de distribuir equitativamente la propiedad del suelo entre todos los habitantes de una nación. . .

No es un mero problema de relaciones humanas en la empresa: o la simple lucha entre patronos y obreros. . .

No es una simple represión del comunismo, como si éste fuera el causante de los conflictos sociales y el que atizase perpetuamente el fuego del descontento. . .

No es un problema de transición cultural: el paso de una cultura tradicional a otra moderna, de una sociedad rural a otra industrial; de un mundo teocéntrico a otro secularizado; de un régimen monárquico a un sistema democrático, siendo la juventud quien refleja de modo más brutal la rudeza de la transformación. . .

Cada una de las anteriores interpretaciones se fija sólo en un aspecto del problema: el económico, el humano laboral, el político, el cultural. Todos ellos son elementos integrantes del problema. Hay que avanzar hacia una conciencia más “unitaria” del mismo que supere la simple yuxtaposición de esos elementos.

El problema social es toda situación desorganizada e injusta de las relaciones humanas, debida a motivos permanentes y profundos, que actúan con fuerza nueva en nuestra época”.

(Cecilio de Lora S.M. y Juan González-Anleo, S.M. *Nuestra doctrina social cristiana*, Madrid, 1964).
